

Luego que acabó de hablar Don Alfonso, le dije:—Señor, yo he nacido para ser juguete de la fortuna. Pensaba cesaria de perseguirme en vuestra casa, en donde todo me prometia una vida feliz y tranquila: pero al fin me es preciso dejarla, aunque con ella pierda mi mayor gusto.—No, no, exclamó el generoso hijo de Don César. Déjame, yo convenceré á Serafina: no se ha de decir que te hemos sacrificado al capricho de una dueña; demasiado la contemplamos en otras cosas.—Pero, señor, repliqué, irritaréis mas á Serafina si la resistis: mas bien quiero retirarme que esponerme, permaneciendo en casa, á causar desazon entre dos esposos tan perfectos: si esta desgracia sucediese, jamas hallaria yo consuelo. Don Alfonso me prohibió tomar este partido, y le ví tan resuelto, que Lorenza no hubiera logrado su intento, si yo no hubiese permanecido en mi propósito. Es verdad que, picado de la venganza de la dueña, tuve mis impulsos de cantar de plano y descubrirla; pero luego me compadecia considerando que, si revelaba su flaqueza, heria mortalmente á una infeliz, de cuya desgracia era yo la causa, y á quien dos males irremediables echaban al hoyo. Juzgué, pues, que en conciencia debia restablecer el sosiego en la casa saliéndome de ella, pues que era un hombre que ocasionaba tanto daño. Hícelo así al dia siguiente antes de amanecer, sin despedirme de mis amos, temiendo que su cariño estorbaba mi partida, y solo dejé en mi cuarto una cuenta puntual de mi administracion.



## CAPÍTULO II.

De lo que sucedió á Gil Blas despues de dejar la casa de Leiva, y de las felices consecuencias que tuvo el mal suceso de sus amores.



O tenia un buen caballo, y llevaba en mi maleta doscientos doblones, procedentes la mayor parte de lo que me tocó de los bandoleros que matamos, y de los mil ducados que robamos á Samuel Simon, porque Don Alfonso habia restituido generosamente toda la cantidad, cediéndome la parte que me habia tocado. Así, mirando mi caudal por esta circunstancia como ya legítimo, gozaba de él sin escrúpulo de conciencia. En una edad como la que yo antes tenia, se confia mucho en el propio mérito, y fuera de esto, con mi dinero nada creia debia temer en adelante. Por otra parte Toledo me ofrecia un agradable asilo, y no dudaba que el conde de Polan tendria mucho gusto en recibir en su casa á uno de sus libertadores. Pero este recurso debia ser cuando todo corriese turbio, y antes de valerme de él, quise gastar parte de mi dinero en correr los reinos de Murcia y Granada que deseaba ver con particularidad. Con este intento tomé el camino de Almansa, de donde prosiguiendo mi viaje, fuí de pueblo en pueblo hasta la ciudad de Granada, sin que me sucediese contratiempo alguno. Parecia que la fortuna, satisfecha ya de tantos chascos como me habia jugado, queria en fin dejarme en paz; pero esta traidora me preparaba otros muchos, como se verá en adelante.

Uno de los primeros sugetos que encontré en las calles de Granada fué el señor Don Fernando de Leiva, yerno como Don Alfonso, del conde de Polan. Ambos quedamos sorprendidos de vernos en Granada.—¿Qué es esto, Gil Blas, me dijo, tú en Granada? ¿qué es lo que aquí te trae?—Señor, le dije, si vd. se admira de verme en este pais, con mucha mas razon se maravillará cuando sepa la causa que me ha obligado á

dejar la casa del señor Don César y su hijo. En seguida le conté cuanto me habia pasado con Séfora, sin callarle nada: causóle gran risa el lance, y ya sosegado me dijo seriamente:—Amigo, voy á tomar por mi cuenta este negocio: escribiré á mi cuñada. . .—No, no señor, interrumpí; suplico á vd. no haga tal cosa: no he salido de la casa de Leiva para volver á ella. Si vd. gusta, puede emplear de otro modo el favor que le debo: ruego á vd. que, si alguno de sus amigos necesita un secretario ó mayordomo, me presente y recomiende, que doy á vd. palabra de no desairar su informe.—Con mucho gusto, respondió: mi venida á Granada ha sido á visitar á una tia mia ya anciana que está enferma, y todavía pasarán tres semanas antes que me vuelva á mi quinta de Lorquí, en donde ha quedado Julia. En aquella casa vivo, prosiguió señalándome una suntuosa que estaba á cien pasos de nosotros: venme á ver pasados algunos días, que quizá te habré ya buscado un acomodo.

Efectivamente la primera vez que nos vimos me dijo:—El señor arzobispo de Granada, mi pariente y amigo, que es un grande escritor, necesita de un hombre instruido y de buena letra para poner en limpio sus obras. Ha compuesto, y todos los dias compone homilías, que predica con mucho aplauso. Como te contemplo á propósito para el caso, te he recomendado, y me ha prometido admitirte: ve y preséntate de mi parte: por el modo con que te reciba conocerás el buen informe que le he dado.

La conveniencia me pareció tal como podia desear; y así habiéndome compuesto lo mejor que pude, fui una mañana á presentarme á este prelado. Si yo hubiera de imitar á los autores de novelas, haria aquí una descripcion pomposa del Palacio Arzobispal de Granada, me estenderia sobre la estructura del edificio, celebraria la riqueza de sus muebles, hablaria de sus estatuas y pinturas, y no dejaria de contar al lector la menor de todas las historias que en ellas se representan; pero me contentaré con decir que iguala en magnificencia al palacio de nuestros reyes.

Ví en las antesalas una muchedumbre de eclesiásticos y seglares, la mayor parte familiares de su ilustrísima, limosneros, gentiles-hombres, escuderos, ó ayudas de cámara. Los vestidos de los seglares eran costosos, tanto que mas parecian de señores que de criados: se mostraban altivos, y hacian el papel de hombres de importancia: al ver su afectacion no pude menos de reirme y burlarme interiormente de ellos. ¡Par diez! me decia entre mí, estas gentes tienen la fortuna de no sentir el yugo de la servidumbre; porque al fin si lo sintieran me parece deberian ostentar menos altanería. Acerquéme á un personage grave y grueso que estaba á la puerta de la cámara del Arzobispo para abrirla y cerrarla cuando era necesario, y le pregunté con mucha cortesía si podria hablar á



UNIVERSIDAD DE ISTMO DE  
 UNIVERSIDAD DE ISTMO DE  
 LIBRERÍA DE ISTMO DE  
 DE ISTMO DE

su ilustrísima.—Espérese vd., me dijo secamente, que su ilustrísima va salir á oír misa, y al paso le oirá á vd. No respondí palabra; arméme de paciencia, é hice por trabar conversacion con algunos de los sirvientes; pero aquellos señores no se dignaron contestarme, sino que se entretuvieron en ecsaminarme de piés á cabeza: y despues mirándose unos á otros, se sonrieron con orgullo de la libertad que habia tenido de mezclarme en su conversacion.

Confieso que me quedé del todo corrido al verme tratado así por unos criados. Todavía no habia vuelto de mi confusion cuando se abrió la puerta del estudio, y salió el Arzobispo. Inmediatamente guardaron todos un profundo silencio, dejaron sus modales insolentes, y mostraron un semblante respetuoso delante de su amo. Tendria el prelado unos sesenta y nueve años, y casi se semejaba á mi tio Gil Perez el canónigo, es decir, que era pequeño y grueso, y ademas muy patiestevado, y tan calvo, que solo tenia un mechon de pelo hacia el cogote; por lo cual llevaba embutida la cabeza en una papalina que le cubria las orejas. Con todo, noté en él un aire de caballero, sin duda porque yo sabia que lo era. La gente comun miramos á los grandes con una cierta preocupacion que por lo regular les presta un aspecto de señorío que la naturaleza les ha negado. Luego que me vió el Arzobispo se vino á mí, y me preguntó con mucha dulzura qué era lo que se me ofrecia.—Le dije era el recomendado del Señor Don Fernando de Leiva.—¡Ah! exclamó, ¿eres tú el que me ha alabado tanto? Ya estás recibido: me alegro de tan buen hallazgo; quédate desde luego en casa. Dichas estas palabras, se apoyó sobre dos escuderos, y habiendo oido á algunos eclesiásticos que llegaron á hablarle, salió de la sala. Apenas estaba fuera, cuando vinieron á saludarme los mismos que poco antes habian despreciado mi conversacion; me rodean, me agasajan, y muestran la mayor alegría de verme comensal del Arzobispo. Habian oido lo que me habia dicho su amo, y deseaban con ansia saber qué empleo debia tener cerca de su señoría ilustrísima; pero para vengarme del desprecio que me habian hecho, tuve la malicia de no satisfacer su curiosidad.

No tardó mucho en volver su señoría ilustrísima, y me hizo entrar en su estudio para hablarme á solas. Yo pensé bien que su intencion era tantear mis talentos, por lo que me atrincheré y preparé para medir todas mis palabras. Principió haciéndome algunas preguntas sobre las humanidades. Tuve la fortuna de no responder mal, y hacerle ver que conocia bastante los autores griegos y latinos. Ecsaminóme despues de dialéctica, y cabalmente aquí era en donde yo le esperaba. Encontróme bien cimentado en ella, y me dijo con cierta admiracion:—Se conoce que has tenido buena educacion. Véamos ahora tu letra. Saqué de la faltriquera una

muestra que habia llevado espresamente para este caso, la que no desagradó á mi prelado.—Me alegro de que tengas tan buena forma, exclamó, y todavía mas de que tengas tan buen entendimiento. Daré las gracias á mi sobrino Don Fernando porque me ha proporcionado un jóven tan de provecho. A la verdad que me ha hecho un buen presente.

Interrumpió nuestra conversacion la llegada de algunos caballeros granadinos que iban á comer con su ilustrísima. Dejélos, y me retiré á donde estaban los familiares, quienes me colmaron de cumplimientos y obsequios. Comí con ellos, y si mientras la comida procuraron observar mis acciones, yo no ecsaminé menos las suyas. ¡Qué modestia guardaban los eclesiásticos! todos me parecieron unos santos; tanto era el respeto que me habia infundido el palacio arzobispal: no me pasó por la imaginacion que aquello podia ser gazmoñería, como si fuera imposible que ésta se hallase en casa de los príncipes de la iglesia.

Me tocó sentarme al lado de un antiguo ayuda de cámara, llamado Melchor de la Ronda, quien tenia cuidado de servirme buenos bocados. Viendo su atencion, procuré yo tenerla con él, y mi política le agradó mucho.—Señor caballero, me dijo en voz baja luego que acabamos de comer, quisiera hablar con vd. á solas; y diciendo esto me llevó á un sitio de Palacio en donde nadie podia oirnos, y allí me tuvo este razonamiento:—Hijo mio, desde el instante que te ví te cobré inclinacion, de cuya verdad voy á darte una prueba, confiándote un secreto que te será de gran utilidad. Estás en una casa en donde se confunden los verdaderos virtuosos con los falsos. Para conocer este terreno necesitabas infinito tiempo, y voy á escusarte un estudio tan largo y desagradable, pintándote los genios de unos y de otros, lo que podrá servirte de gobierno.

No será malo, prosiguió, dar principio por su ilustrísima. Es un prelado muy piadoso, ocupado continuamente en edificar al pueblo y en encaminarle á la virtud con admirables sermones morales, que él mismo compone. Veinte años hace que dejó la corte para dedicarse enteramente á conducir su rebaño: es un sábio y un grande orador que tiene puesto su conato en predicar, y el pueblo le oye con mucho gusto. Tal vez tendrá en esto su poco de vanidad; pero ademas de que no toca á los hombres el penetrar los corazones, no pareceria bien que me pusiese yo á escudriñar los defectos de una persona cuyo pan como. Si me fuera permitido reprender alguna cosa en mi amo, vituperaria su severidad; porque castiga con demasiado rigor las flaquezas de los eclesiásticos, cuando debiera mirarlos con piedad. Sobre todo persigue sin misericordia á los que, fiados en su inocencia, piensan justificarse jurídicamente, desatendiendo su autoridad. Tiene tambien otro defecto que es comun

á muchas personas grandes: aunque ama á sus criados, atiende poco á sus servicios; los dejará envejecer en su casa sin pensar en proporcionarles algun acomodo. Si alguna vez los gratifica, es porque hay quien tiene la bondad de hablar por ellos; pues por lo que hace á su ilustrísima, jamas se acordaria de hacerles el menor bien.

Esto me dijo de su amo el ayuda de cámara, y siguió dándome razon del carácter de los eclesiásticos con quienes habiamos comido: me los retrató muy al contrario de lo que aparentaban: es verdad que no me dijo eran gentes infames; pero sí bastante malos sacerdotes. No obstante, exceptuó á algunos, cuya virtud me alabó mucho. Con esta leccion aprendí el modo de portarme con estos señores, y aquella misma noche en la cena me revestí como ellos de un exterior compuesto. No es de admirar se hallen tantos hipócritas, cuando nada cuesta el serlo.





## CAPÍTULO III.

Llega Gil Blas á ser el privado del Arzobispo de Granada, y el conducto de sus gracias.



**M**IENTRAS la siesta, habia yo sacado de la posada mi maleta y caballo, y vuelto despues á cenar á Palacio, en donde me pusieron un cuarto decente con muy buena cama. El dia siguiente me hizo llamar su ilustrísima muy de mañana para darme á copiar una homilía encargándome mucho lo hiciera con toda la esactitud posible; ejecutélo así sin omitir acento, punto, ni coma, de lo que manifestó el prelado un grande placer mezclado de sorpresa. Luego que recorrió todas las hojas de mi copia, exclamó admirado:—¡Eterno Dios! ¿Puede darse una cosa mas correcta? Eres muy buen copiante por ser perfecto gramático. Háblame con satisfaccion, amigo mio, ¿has encontrado, al escribir, alguna cosa que te haya chocado? ¿Algun descuido en el estilo, ó algun término impropio? Es muy fácil se me haya escapado algo de esto en el calor de la composicion.—¡Oh, Señor! respondí modestamente, no tengo tanta instruccion que pueda meterme á crítico, y aun cuando la tuviera, estoy cierto de que las obras de su ilustrísima no caerian bajo mi censura. Sonrióse con mi respuesta, y nada me replicó; pero en medio de toda su piedad se traslucia que amaba con pasion sus escritos.

Acabé de grangear su amistad con esta adulacion; cada dia me queria mas, tanto, que Don Fernando que visitaba frecuentemente á mi amo, me aseguró habia de tal modo ganado su voluntad, que podia dar por hecha mi fortuna. Mi amo mismo lo confirmó poco tiempo despues con la ocasion siguiente. Habiendo relatado con vehemencia una tarde en su estudio delante de mí una homilía que habia de predicar en la Catedral al otro dia, no se contentó con preguntarme en general qué me habia parecido, sino que me obligó á decirle los pasages que mas habian llamado mi atencion, y tuve la fortuna de citarle aquellos de que él estaba mas satisfecho, y que eran sus favoritos: esto me hizo pasar en el concepto de su ilustrísima por un conocedor delicado de las verdaderas bellezas de una obra.—Eso es, exclamó, lo que se llama tener gusto y finura. Sí, querido, te aseguro que no es tu oido oreja de asno. En fin, quedó tan contento de mí, que me dijo con mucha espresion:—Gil Blas, no tengas ya cuidado,

que tu fortuna corre de mi cuenta, y te proporcionaré una que te sea agradable. Yo te estimo, y en prueba de ello quiero que seas mi confidente.

Al oir estas palabras me eché á los piés de su ilustrísima, penetrado de reconocimiento. Abracé gustosamente sus piernas torcidas, y creime ya un hombre que estaba en camino de llegar á ser rico.—Sí, hijo mio, prosiguió el Arzobispo, cuyo discurso habia interrumpido mi accion; quiero hacerte depositario de mis mas ocultos pensamientos: escucha atentamente lo que voy á decirte. Tengo gusto en predicar, y el Señor bendice mis homilias, porque mueven á los pecadores, les hacen volver en sí, y recurrir á la penitencia. Tengo la satisfaccion de ver á un avaro, atemorizado con las imágenes que presento á su codicia, abrir sus tesoros y distribuirlos con mano pródiga: á un lascivo huir de sus torpezas; á los ambiciosos retirarse á las ermitas, y hacer constante y firme en sus obligaciones á una esposa á quien hacia titubear un amante seductor. Estas conversiones, que son frecuentes, deberian por sí solas escitarme al trabajo; pero, te confieso mi flaqueza, todavía me mueve otro premio, premio de que la delicadeza de mi virtud me reprende inútilmente; este es el aprecio que hace el público de las obras bien acabadas. La gloria de pasar por un orador consumado tiene para mí muchos atractivos. Hoy pasan mis obras por enérgicas y sublimes; pero no querria caer en las faltas de los buenos escritores que escriben muchos años, y sí conservar toda mi reputacion.

En este supuesto, mi amado Gil Blas, continuó el prelado, ecsijo una cosa de tu celo: cuando adviertas que mi pluma envejece, cuando notes que mi estilo declina, no dejes de avisármelo. En este punto no me fio de mí mismo, porque el amor propio podria cegarme. Esta observacion necesita de un entendimiento imparcial, y así elijo el tuyo que contemplo á propósito, y desde luego abrazaré tu dictámen.—Señor, le dije, su ilustrísima está todavía muy distante de ese tiempo, á Dios gracias: ademas de que un ingenio como el de su ilustrísima se conservará mas bien que los de otro temple, ó para hablar con propiedad, su ilustrísima será siempre el mismo. Yo miro á su ilustrísima como á un segundo cardinal Jimenez, cuyo superior talento parecia recibir nuevas fuerzas de los años, en lugar de debilitarse con ellos.—Déjate de alabanzas, amigo mio, respondió mi amo; yo sé que puedo declinar de un momento á otro: en la edad en que me hallo, ya se empiezan á sentir los achaques, y los males del cuerpo alteran el entendimiento. De nuevo te lo encargo, Gil Blas, no te detengas un momento en avisarme luego que adviertas que mi cabeza se debilita: no temas hablarme con franqueza y sinceridad, porque tu aviso será para mí una prueba del amor que me tienes. Por

otra parte va en ello tu interes; pues si por desgracia tuya supiese se decia en la ciudad que mis sermones habian decaido de su ordinaria elevacion, y que podia ya dar de mano á mis tareas, perderias no solo mi afecto, sino el acomodo que te tengo prometido. Te hablo con toda claridad: esto sacarias de tu necio silencio.

Aquí acabó la ecshortacion de mi amo para oír mi respuesta, que se redujo á prometerle cuanto deseaba. Desde aquel punto nada tuvo secreto para mí, y vine á ser su privado. Todos los familiares envidiaban mi suerte, menos el prudente Melchor de la Ronda. Era de ver como trataban los gentiles-hombres yescuderos al confidente de su ilustrísima; no se afrentaban de humillarse por tenerme contento; sus bajezas me hacian dudar fuesen españoles. Aunque conocia les guiaba el interes y nunca me engañaron sus lisonjas, no dejé por eso de servirles. Mis buenos oficios movieron á su ilustrísima á proporcionarles empleos. Á uno le hizo dar una compañía, y le puso en estado de lucir en el ejército: á otro envió á México con un gran destino; y no olvidando á mi amigo Melchor logré para él una buena gratificacion. Esto me hizo conocer que si el prelado de su propio motivo no daba, á lo menos rara vez negaba lo que se le pedia.

Pero me parece debo referir con mas estension lo que hice por un eclesiástico. Un dia nuestro mayordomo me presentó un licenciado llamado Luis García, hombre todavía mozo y de buena presencia, y me dijo:—Señor Gil Blas, este honrado eclesiástico es uno de mis mayores amigos: ha sido capellan de unas monjas: pero su virtud no ha podido librarse de malas lenguas. Le han desacreditado tanto con su ilustrísima, que le ha suspendido, y no quiere escuchar ninguna solicitud á favor suyo; nos hemos valido de lo principal de Granada; pero nuestro amo es inflexible.

Señores, les dije, este negocio se ha gobernado mal, y hubiera sido mejor no haber empeñado á nadie: por hacerle bien al señor licenciado, le han hecho mucho daño. Yo conozco á su ilustrísima, y sé que las súplicas y recomendaciones no hacen mas que agravar en su idea la culpa de un eclesiástico. No ha mucho que le oí decir á él mismo que, á cuantas mas personas empeña en su favor un eclesiástico que está irregular, tanto mas aumenta el escándalo, y tanto mas severo es para con él.—Malo es eso, dijo el mayordomo, y mi amigo se veria muy apurado si no tuviera tan buena letra; pero por fortuna escribe primorosamente, y con esta habilidad se ingenia para mantenerse. Tuve la curiosidad de ver si la letra que se me celebraba era mejor que la mia. El licenciado me manifestó una muestra que traía prevenida, la cual me admiró, pues me parecia una de las que dan los maestros de escuela. Mientras

miraba tan bella forma de letra, me ocurrió una idea, y pedí á García me dejase el papel, diciéndole que acaso le seira útil: que no podia decirle mas por entónces; pero que al otro dia hablaríamos largamente. El licenciado, á quien el mayordomo había, segun presumo, celebrado mi ingenio, se retiró tan satisfecho como si ya le hubiesen restituido á sus funciones.

A la verdad yo deseaba servirle, y desde aquel dia trabajé en ello del modo que voy á decir. Estando solo con el Arzobispo le enseñé la letra de García, que le gustó infinito; y aprovechándome entónces de la ocasion, le dije:—Señor, una vez que su ilustrísima no quiere imprimir sus homilias, á lo menos desearia yo que se escribiesen de esta letra.

El prelado me respondió:—Aunque me agrada la tuya, te confieso que no me disgustaria tener copiadas mis obras de esta mano.—No se necesita mas, proseguí, que el consentimiento de vuesa ilustrísima: el que tiene esta habilidad es un licenciado conocido mio; y se alegrará tanto mas de servir á su ilustrísima, cuanto que por este medio podrá esperar de su bondad se sirva sacarle del miserable estado en que por desgracia se halla.

—¿Cómo se llama ese licenciado? me preguntó.—Luis García, le dije, y está lleno de amargura por haber caido en la desgracia de su ilustrísima.—Ese García, interrumpió, si no me engaño, ha sido capellan de un convento de monjas, y ha incurrido en las censuras eclesiásticas. Todavía me acuerdo de los memoriales que me han dado contra él; sus costumbres no son muy buenas.—Señor, dije, no pretendo justificarle; pero sé que tiene enemigos, y asegura que sus acusadores han tirado mas á hacerle daño que á decir la verdad.—Bien puede ser, replicó el Arzobispo, porque en el mundo hay ánimos muy perversos; pero aun suponiendo que su conducta no haya sido siempre irreprochable, acaso se habrá arrepentido, y sobre todo, á gran pecado gran misericordia. Tráeme ese licenciado, á quien desde luego levanto las censuras.

He aquí como los hombres mas rígidos templan su severidad cuando media el interes propio. El Arzobispo concedió sin dificultad á la vana complacencia de ver sus obras bien escritas, lo que habia negado á los mas poderosos empeños. Al instante dí esta noticia al mayordomo, quien sin pérdida de tiempo la participó á su amigo García. Al dia siguiente vino á darme las gracias correspondientes al favor conseguido. Le presenté á mi amo, quien contentándose con una ligera reprension, le dió alguna homilia para que las pusiera en limpio. García lo desempeñó tan perfectamente, que su ilustrísima le restableció en su ministerio, y aun le dió el curato de Gabia, lugar grande inmediato á Granada; lo que prueba muy bien que los beneficios no siempre se confieren á la virtud.